

Presentación

Eugenio Díaz Castro y *Manuela* en el siglo XXI

Flor María Rodríguez-Arenas
Colorado State University

A 208 años del nacimiento de Eugenio Díaz Castro y a 153 años de la publicación de *Manuela*, los artículos que conforman este número monográfico de *Lingüística y Literatura* se acercan a diferentes aspectos de esta novela para discernir situaciones históricas, para intentar comprender y aspirar a responder sobre algunas de las circunstancias que originaron el descrédito de críticos e historiadores hacia este texto y hacia su autor.

Desde el momento en que entró en la escena letrada en la Nueva Granada en 1858, Eugenio Díaz Castro comenzó a sufrir rechazos, incomprensiones, malas percepciones dentro del cerrado mundo intelectual santafereño; situación que muy pronto se difundió y llevó su obra a un lugar secundario dentro de las letras de Colombia. Década tras década, críticos e historiadores de la literatura han leído y han repetido información sobre las faltas y carencias que poseía el autor, lo cual ha transmitido a las generaciones de lectores, la idea de que su obra es defectuosa. Estas circunstancias han producido consecuencias de diferente índole en literatura colombiana. Por un lado, se promovió una negación del valor de la escritura de Díaz Castro; pero más grave aún, con ello se guió la literatura por un sendero estético que convenía a determinadas ideologías y se produjo un momento fundamental en la política de silencio, eliminación y tachadura en la historia de la literatura colombiana.

Díaz Castro era un escritor consciente de su público lector y del influjo que su escritura ejercería en su receptor; de ahí que, al representar la cambiante sociedad de su época, estructurara su narración para producir una impresión duradera en sus lectores, haciendo que vieran su mundo novelístico, ya no como una ficción sino como un espejo de la realidad circundante, al exponer situaciones reales con personajes naturales, vívidos y con profundidades psicológicas, produciendo una ficción mimética que se identificaba con la realidad social.

Manuela representa el clima intelectual y político liberal de Colombia de mediados del siglo XIX; este mundo ficcional examina, expone, critica y denuncia los diversos problemas de la geografía, del ambiente, de la explotación humana, producidos por los cambios sociales y económicos que se introducían en la cultura y en la sociedad; pero al mismo tiempo, responde a las inquietudes propias de los intelectuales de avanzada del momento en que el país se debatía entre el pasado y el atraso perturbador y el progreso y la civilización que se hallaba en otros lugares.

Sin importar cuán desagradable o difícil de aceptar haya sido el mensaje y la intencionalidad de la escritura de Díaz Castro para los lectores de su época, y a pesar de las reacciones de diversos escritores e investigadores de los siglos XIX y XX, la voluntad intelectual que se explicita en su producción artística, muestra un esfuerzo consciente para representar eficazmente un espectro de situaciones sociales, culturales e incluso literarias, que buscaban soluciones y transformaciones.

Así, en *Manuela*, se observa cómo Díaz Castro no corresponde a la corriente dominante, a la línea central de pensamiento de la literatura que se publicó a partir de mediados del siglo XIX en la Nueva Granada/Colombia –literatura que estuvo controlada por un pensamiento conservador, tradicional y elitista– ya que su idea de denunciar para cambiar, no se promueve en la literatura sino hasta ya entrado el siglo XX.

La construcción canónica de las letras colombianas ha negado, primero y, casi borrado, después, de la memoria cultural colombiana y por consiguiente extranjera, ya no sólo a Díaz Castro, sino a toda la producción liberal del medio siglo, dándole un estado icónico a una representación social conservadora y manipulada, que discute entre sus miembros el desarrollo de la representación de una serie de tipos regionales como representantes de toda una nación en formación, y que habla de los alcances logrados, a partir de un canon establecido por ellos mismos.

Se ha dicho que *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera es la primera novela de denuncia colombiana; esto no es cierto, *Manuela* se anticipa 66 años a esa exhibición y crítica de los males que plagaban y consumían áreas específicas de la nación; para lograrlo, la novela expone con toda su desafiadora realidad una narración de un crudo realismo, que únicamente hasta comienzos del siglo XX se reconocerá como característica de la narrativa hispanoamericana por medio de la novela regionalista y de la del realismo social.

El primer artículo: “El realismo de medio siglo en *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz Castro: Revisiones de la historia y de la crítica literarias colombianas” estudia aseveraciones emanadas de Vergara y Vergara sobre el escritor, sobre su ideología y su conocimiento, que han guiado a escritores serios a producir lecturas completamente sesgadas y destructoras sobre esa producción escritural. A partir de un estudio de la situación cultural de la época en que Díaz Castro escribió y publicó *Manuela*, y con el testimonio del propio autor, quien se declaraba liberal, se desarticulan varias de las afirmaciones de Vergara que han llevado a escritores y críticos a percibir la obra de Díaz Castro como deficiente. Así, mediante un minucioso escrutinio del mundo novelístico se acredita la ideología liberal y socialista del autor, se demuestra su conocimiento tanto de la cultura como de la sociedad, las lecturas que efectuó, los modelos literarios provenientes de escritores del Realismo francés: Balzac, Sue, Dumas que lo influenciaron y las características estéticas que configuran su escritura; además se indican parte de las intenciones de quienes vincularon la novela al Costumbrismo, movimiento literario al cual Díaz Castro nunca vinculó su obra.

También se expone la manera en que en diversos momentos del siglo XIX, la obra de Díaz Castro sufrió cambios y modificaciones en el título, inscribiéndola dentro del Costumbrismo, para que sirviera planes prefijados. Este movimiento literario no influyó en la estructuración y escritura de la novela, como tampoco Díaz Castro se vinculó a él; pero esta estereotipación ha impedido que se vea la modernidad de su narrativa. La representación que Eugenio Díaz Castro efectuó en *Manuela* cumple con las reglas más básicas del Realismo: describir, presentar, explicar para reproducir objetivamente la realidad; además de desplegar evidencia para documentar las condiciones socioculturales. El adscribirse a este movimiento, le permitió al autor estudiar las ideas y los principios generales que determinaban el comportamiento humano, para ofrecer una imagen directa y efectiva, sin condenar o absolver por lo general; únicamente revelando los acontecimientos pero dejando así al lector la libertad de reaccionar sobre los hechos representados.

Raúl Neira en su ensayo “La visibilidad de lo indígena o la independencia de pensamiento de Eugenio Díaz Castro en *Manuela*” estudia cómo la presentación que Vergara hizo de este autor y su manera de vestir con ruana, tenía la intención de mostrarlo como el “otro” en una sociedad clasista y racista como era la de la Nueva Granada a mediados del siglo XIX. El autor encuentra que Díaz Castro tenía sólidos conocimientos culturales y con su obra contribuyó a aportar difusión de información geográfica, económica y política sobre una parte del territorio del país, que los miembros de la Comisión Corográfica habían obviado; zona mercantil importante que cubría el área entre la capital y Ambalema, el primer puerto sobre el río Magdalena que le permitió al país establecer el comercio internacional. De

esta manera, Díaz Castro fortaleció el conocimiento de esa área cercana a la capital y explicitó los problemas de la administración del territorio mostrando realidades vitales que agobiaban a la población.

Así mismo, el autor muestra que Díaz Castro, como habitante del área se había dado cuenta de la necesidad de preservar la memoria cultural que se hallaba en los centros arqueológicos abandonados, donde los Panches habían habitado y que se esparcían por toda la zona, porque eran testimonio de manifestaciones culturales que transmitían mensajes de comunidades indígenas extinguidas; de esta manera, la región era el archivo de la memoria de ese grupo humano que la había ocupado. Pero al mismo tiempo, halló que Díaz Castro señalaba las desigualdades entronizadas de razas y clases existentes, las formas de comportamiento que se daban entre ellas y exponía la ignorancia cultural de las clases altas sobre el pasado y el presente de los indígenas y de los mestizos del área; ya que para las élites lo mismo eran los Panches que los Muisca; no les reconocían diferencias culturales, pero sí los despreciaban porque eran de raza degenerada, por tanto inferiores. Neira concluye que estos aspectos de la narración, señalan la ideología socialista cristiano utópica de Díaz Castro, que lo llevó a representar asuntos sociales relevantes para efectuar cambios en la legislación neogranadina.

Continuando con: “Viaje y corografía en *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz Castro”, María Eugenia Osorio Soto estudia el tema del viaje en la novela desde el punto de vista corográfico (dar cuenta de una región). Esto permite comprender etapas de los procesos sociales y políticos con los que se construyó la nación, a la vez que indica la manera en que Díaz Castro participó en la estructuración discursiva del país que realizó la Comisión Corográfica, cuando registró lo local y lo nacional en *Manuela*. Para lograr esto, Osorio Soto emplea los viajes de los personajes, descubriendo las manifestaciones simbólicas en las que persistían aspectos de la barbarie y se explicitaban perspectivas de la civilización en la Nueva Granada. La autora también encuentra que la literatura costumbrista, en el sentido “de descripción de los espacios geográficos del territorio nacional, sus gentes, y formaciones sociales y económicas”, ayuda a comprender el alcance del proyecto corográfico, porque contribuye a representar aspectos de las regiones por medio de la escritura.

Para realizar esto, Díaz Castro emplea como técnicas la creación de un microsмос y luego le otorga especificidad con los cuadros de costumbres. En la representación minuciosa en *Manuela*, se observa al científico en el momento de su realizar su labor; pero también se ve la influencia que tuvo Manuel Ancizar por medio de su obra, *Peregrinaciones de Alpha*, al ofrecer un modelo para realizar las descripciones de lugares y gente. Así, con el viaje del personaje de Demóstenes –civilizador que ostenta la lógica del hombre blanco educado y progresista–, se exponen tanto aspectos de la dualidad civilización/barbarie y de las oposiciones y confrontaciones entre las clases, como con respecto a las relaciones económicas y laborales. Ambalema es el

espacio civilizado, con la industrialización y los estímulos económicos que cambian el dogma y el proceder de la población; allí, lo extranjero, como la música, está en todas partes. Mientras que el trapiche es el lugar de la barbarie con la miseria, las vejaciones y la explotación, donde los seres humanos, especialmente las mujeres, carecen de cualquier tipo de libertad; de ahí que en este lugar se prefieran los ritmos regionales, como el bambuco, porque permiten expresar la tristeza que producen las condiciones infrahumanas que debían vivir.

Para tratar del agudo entendimiento que poseía Díaz Castro del momento histórico en que vivía y de las situaciones de pugna y cambio que sufría la población de la Nueva Granada, Dora Luz Cobián-Klein en su artículo: “Eugenio Díaz Castro, su comprensión de la distopía republicana y el gamonalismo: su representación en *Manuela* (1858)” se enfoca en las circunstancias que se producen alrededor de Tadeo, personaje que se ubica entre los que manejan la letra y los que se mueven con la oralidad, quien mediante la manipulación de la escritura ejerce control en todos los ámbitos de La Parroquia y en todas las clases. De este modo, el tinterillo transforma las intenciones de los intelectuales de crear una nación civilizada porque cambia los ideales de modernización en una situación cultural caótica donde todos sufren las consecuencias de sus acciones.

La autora expone la forma en que Tadeo es un hábil manipulador de conciencias y de circunstancias políticas, que se mimetiza en las comunidades al adoptar una construcción de identidad que se basa en características pertenecientes a cada grupo. De los pobres toma el discurso de la opresión para que lo acepten y lo sigan; pero procede como los poderosos al tener las mismas actuaciones que ellos. Así, el personaje se vale del caos político existente, que dividía a las comunidades ideológicamente, y lo emplea para conseguir sus propios fines. Moviliza un sentido de identidad y una simbología, con los que oculta su doblez y su traición. Es tan eficaz su proceder que destruye los ideales y las convicciones de Demóstenes, produciendo en él la distopía.

Carolina Alzate, se acerca a tres novelas colombianas distantes casi veinte años en el tiempo en “Otra amada y otro paisaje para nuestro siglo XIX. Soledad Acosta de Samper y Eugenio Díaz frente a *María*”, único artículo de esta colección que clasifica la novela de Díaz Castro como romántica. La autora investiga tanto el lugar que han ocupado esos textos en la historia de la literatura colombiana, como la manera en que los han recibido los lectores. Encuentra que *María* de Jorge Isaacs, que es el eje de su lectura, es una novela que ha ocupado un lugar central en la historia de la literatura pero tiene fuertes contendientes en *Una holandesa en América* (1876, 1888), de Soledad Acosta de Samper y en *Manuela* (1858, 1866) de Eugenio Díaz Castro –escrita mucho antes que los otros dos textos analizados–. Alzate afirma que estas novelas “pertenecen todas a una misma época y narran historias que ocurren en los primeros años de la década de 1850”, razón por la cual las ubica a las tres

dentro del Romanticismo. En *María*, la protagonista es una figura infantil apocada, que despierta los sentimientos del joven por su sumisión y su silencio y precisa que le lean sólo los libros recomendados, su destino es ser amada, pero muere de amor. Actuación paralela a la del pueblo, que reconoce que necesita ser dirigido por un patriarca. La autora concluye que los letrados que leyeron originalmente esa novela y que eran la “primera generación republicana independiente” se percibían en esa forma, necesitados de dirección y de control.

En la novela de Soledad Acosta de Samper, dos personajes femeninos son las protagonistas, ellas leen solas y escriben; en este mundo narrado la escritura y la lectura son esenciales. Alzate considera que Acosta de Samper busca corregir con sus personajes, las representaciones de las mujeres que hace el Romanticismo, señalando la necesidad que tiene la mujer de recibir educación. Mientras que en *Manuela* de Díaz Castro, el protagonismo del mundo narrativo debe estar compartido, porque el personaje masculino letrado necesita una dirección para comprender el entorno, por lo cual surge Manuela, mujer del pueblo, como co-protagonista. En este mundo, los personajes femeninos cuestionan los mensajes masculinos, no existen amadas románticas, algunas hablan del sufragio femenino y de la falta de derechos más básicos; mientras que la representación “denuncia claramente la infantilización y la reducción a un cuerpo destinado al placer que padecen las mujeres de la época”.

En “La barbarie de la civilización. A propósito de *Manuela* de Eugenio Díaz Castro (1858)”, César Andrés Ospina Mesa explicita la manera en que en esta novela las “historias locales” muestran la oposición de sectores de la población que enfrentan la modernidad, al rechazar la forma en que la élites pretendían unificar y regular las razas y las clases para hacer concreta una imagen de nación. Así en ese mundo narrativo, Demóstenes y el cura difunden la labor de civilización; el primero, con la educación y con los principios liberales; mientras que para el segundo, la religión y la moral son esenciales para guiar a los descarriados. Para las élites de cualquier ideología, el manejo de la escritura fue el centro de poder; hecho que los separaba de los iletrados y, a la vez, les permitía decidir sus destinos.

Desde este punto de vista, el ensayista coincide con otros críticos en afirmar que en esta novela se representan los procesos de violencia y las formas de representación que se dieron a mediados del siglo XIX en el país y que separaron a las clases altas y estigmatizaron al otro, lugar donde se ubicaba la mayoría de la población de La Parroquia. Sin embargo, así como sucede en la narración, en la realidad histórica sectores de grupos subalternos enfrentaron y resistieron la violencia de la civilización, cuestionando la pretendida igualdad y los ilusorios derechos que les pregonaban. Ospina Mesa concluye que Díaz Castro representó en la novela vigorosamente los conflictos de la época que condicionaban a los sectores oprimidos, para buscar cambios a las opresivas condiciones en que vivían.

Danilo García Bernal se acerca en su estudio “La catarsis de la denuncia en «La octava de Corpus» en *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz Castro”, a un capítulo específico de la novela, cuyo tema central es la manera en que la fiesta religiosa y la pública confluyen y el modo en que los pobladores se acercan a las celebraciones de la iglesia para responder a los abusos y a la opresión en que transcurre su existencia. Situación que se agrava por los grandes cambios políticos, ideológicos y sociales que se produjeron en todo el país, cuando las élites quisieron terminar definitivamente con la colonia. Dentro de este contexto, la participación de Manuela con la fabricación de pilas, altares y bosques llama la atención de todos los participantes. Especialmente atrayente para el público fue el bosque –representación teatral hecha con animales– en la que ella ofreció en una escena, la agobiadora situación en que se hallaba a causa de la violencia a que la tenía sometida Tadeo para convertirla en su querida. Escenificación que al ser comprendida por los muchachos del pueblo, hizo reaccionar a Demóstenes matando de un tiro al gato que lo encarnaba. Para todos ellos, fue motivo de diversión, de risa y de burla, menos para el visitante. Sin embargo, en todos ellos, lo que sintieron y lo que expresaron fueron señales de desahogo y, por tanto, de catarsis; situación que les creó la esperanza de que el futuro tuviera los mismos resultados que lo sucedido en la plaza.

En esa representación, Manuela denuncia su situación; pero a su vez, en un plano diferente, el capítulo es una puesta en escena de lo que es tal vez la mayor denuncia de la novela: la “constante presencia de la violencia sexual perenne que sufre la mujer” señal del patriarcalismo existente. Del mismo modo, “La octava de Corpus” es metaliteratura, ya que el texto se refiere a sí mismo, hecho que explicita el conocimiento literario que poseía el autor, quien incorpora al lector en el acto de desciframiento de lo representado y lo vuelve más activo. Todo lo cual es señal de la modernidad de la ficción de Díaz Castro y de la manera en que empleó el Realismo para estructurar su ficción.

En “La prostitución, el ‘oficio’ oculto de la cotidianidad en *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz Castro”, Andrés Felipe Sánchez Vargas se acerca al tema de la prostitución en el siglo XIX y a la forma en que la representó el autor. Las autoridades consideraban esa forma de vida una lacra social que había que erradicar o por lo menos esconder, pero no ofrecían soluciones para las condiciones que empujaban a las mujeres a buscar el sustento como intercambio por su cuerpo. Por el contrario, dictaban leyes que los hombres manipulaban, pero que sojuzgaban más a las mujeres. En su investigación, Sánchez Vargas estudia tres tipos de mujeres que ejercían la prostitución y que se hallan representadas en el mundo narrativo: las seducidas y abandonadas, las alcahuetas y sus víctimas, y las que llevan esa vida por decisión propia. Para cada uno de estos grupos, el autor consulta las leyes de la *Recopilación Granadina* y observa que los hombres escribían la legislación en beneficio propio. Asimismo, indaga en el origen de cada situación y observa que Díaz Castro, con la

representación de esos personajes, denuncia las ramificaciones del problema y, en oportunidades, ofrece soluciones para mejorar esas vidas. Pero, a la vez, indica que socialmente estaban ocurriendo cambios que modificaban las conductas y las formas de pensar, como sucedía con el comienzo de la industrialización en Ambalema. Todas esas circunstancias requerían de una mejor legislación que frenaran la manipulación de las leyes y la impunidad que estimulaba la violencia que se ejercía contra las mujeres y que finalmente las conducía a la prostitución como medio de subsistencia.

El artículo de Juliana Castro Torres “El lenguaje integrador en *Manuela*: una propuesta incómoda”, se suma a varios de los otros artículos que intentan responder las causas que relegaron la escritura de Díaz Castro a un segundo lugar. En él, la autora estudia la propuesta de lenguaje que se encuentra en la novela, hecho que afectó la recepción del texto, así como el horizonte de expectativas de los primeros lectores de *Manuela*. Este grupo estaba formado por los mismos escritores que colaboraban en los periódicos del momento y que tenían una participación activa en la vida pública del país; receptores que posiblemente buscaban leer textos que se adscribieran a las normas que ellos querían para la nueva nación, que tuvieran raíces europeas y por tanto tendieran a promover la civilización. Sin embargo, en esa ficción, la voz narrativa es citadina y “letrada con un amplio conocimiento de la literatura de occidente”, pero a veces emplea aspectos del habla oral, y cede constantemente la voz a los personajes, con lo cual se ofrece un amplio repertorio de expresiones y maneras de comunicarse de la gente del campo. Esta pluralidad de voces cuestiona la idea de una forma de hablar “correcta”, haciendo borroso el límite entre el lenguaje de la letra y el de la oralidad. Hechos que llevaron a los primeros lectores a considerar que Díaz Castro carecía de estilo para escribir. Estas ideas que la crítica posterior repitió, carecen de fundamento cuando se analizan detenidamente los capítulos iniciales que se publicaron en vida del autor.

Con este grupo de artículos se ofrecen nuevas lecturas tanto sobre Eugenio Díaz Castro como sobre *Manuela*, texto con el cual su autor solidifica la novela como género y abiertamente impulsa la novelística colombiana en el siglo XIX al inscribir su obra dentro del Realismo de medio siglo, mediante su estilo de escritura sin adornos y directo, su representación de las diversas clases sociales, su meticulosa observación de los detalles y la cuidadosa importancia de la documentación de causas y efectos, para leer tanto la situación de la sociedad como la complejidad de la interacción de las formaciones culturales que intervenían y se entrecruzaban en esa época de la historia colombiana.

EL REALISMO DE MEDIO SIGLO EN *MANUELA* (1858) DE EUGENIO DÍAZ CASTRO: REVISIONES DE LA HISTORIA Y DE LA CRÍTICA LITERARIAS COLOMBIANAS*

Flor María Rodríguez-Arenas
Colorado State University

Recibido: 23/03/2011 Aceptado: 13/04/2011

Resumen: Díaz Castro, basándose ideológicamente en el socialismo democrático y cristiano de los utopistas franceses, caracterizado por un humanitarismo profundo, que seguía un sector de los liberales, y recibiendo las influencias literarias de Balzac, de Dumas y de Eugène Sue, especialmente en *Los misterios de París*, adscribió *Manuela* al Realismo al representar vívidamente la cotidianidad neogranadina haciendo una cerrada defensa de los oprimidos; con esto buscaba soluciones para las injusticias y el desequilibrio general e intentaba crear conciencia para promover un cambio social.

Palabras clave: Eugenio Díaz Castro, *Manuela*, Liberalismo, Socialismo, Realismo, Eugène Sue, *Los misterios de París*.

* Este artículo se realiza en el marco del proyecto de investigación: “Literatura y Sociedad en Hispanoamérica” dirigido por Flor María Rodríguez-Arenas de Colorado State University, Estados Unidos.